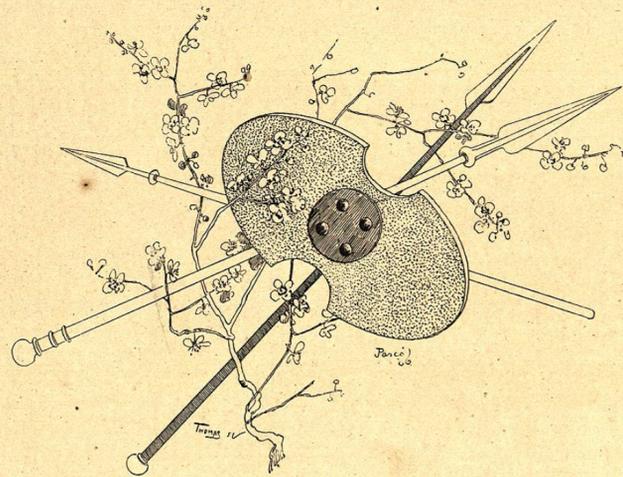


Pero una de las caza favoritas persas, importada, sin duda, del Japón ó la China, fué la cetrería, que alcanzó un brillante papel en los anales venatorios.

En la caza de las aves usaban los persas del *rumoran*, al igual que los egipcios y hoy los salvajes de Australia.

Los persas, que derribaron y señorearon el imperio asirio, profesaban tal amor á la caza, que su rey Dario quiso que se inscribiese sobre su tumba el siguiente epitafio: «Quise á mis amigos, fuí excelente jinete, diestro cazador, y no tuve nada por imposible.»



Armas de caza persas

importantísimo papel numerosas jaurías de perros procedentes de la India. Después de la conquista de Babilonia, cuatro grandes caseríos próximos á la ciudad estaban obligados á alimentar una parte de esos perros.

La caza tenía, pues, según queda apuntado, un lugar importante en la educación de la juventud persa; las costumbres del país hicieron de la caza una institución nacional.

Los mancebos eran conducidos por sus maestros á la caza, congregándose, antes de alborar, al son de un instrumento metálico. La caza se realizaba con arco, jabalina y honda (1).

Semejantes instituciones cayeron, poco á poco, en desuso después que el rey Artagerges y sus cortesanos

(1) Herodoto, *H.st.*—Xenofon'e, *Cyr'pedia.*—Strabon, *Geografía*, lib. XV.

La caza era en estos pueblos un ejercicio público, en que el rey marchaba á la cabeza de sus tropas de igual manera que si fuese á una expedición militar. Estas grandes cacerías duraban muchos días, celebrándose espléndidas fiestas.

Los reyes persas poseían vastos parques, verdaderos paraísos venatorios repletos de alimañas salvajes, donde cazaban casi todos los días, acompañados de sus eunucos y favoritos.

Los persas habían tomado de los medas la costumbre de cazar á caballo. En las caza reales jugaban

se entregaron á los excesos del vino; los persas renunciaron á la caza, y si alguno, para ejercitar sus fuerzas y vencer la fatiga, continuó cazando con sus caballeros, provocó el odio de sus iguales, celosos de las ventajas que sobre ellos adquiría (1).

III

El Asia conserva por doquier huellas de su pasado. Las añejas fiestas cinegéticas de cetrería han sido conservadas en las costumbres de los actuales persas, y nuestros lectores pueden saborear la descripción de una de estas cacerías en las siguientes páginas, escritas por un testigo presencial, Emilio Duhousset.

(1) Strabon, *Ibid.*

«Tenía el encargo de desempeñar una misión en los últimos límites del Kurdistán, y acabada mi tarea me disponía á regresar á Teherán, cuando, la víspera de la partida, un señor de elevada alcurnia del país, que tenía propósito de ir á rendir homenaje al *Schah* de Persia, su soberano, me propuso hacer juntos las primeras jornadas del camino. Como debíamos seguir la misma dirección durante cinco días, acepté presuroso tal oferta, pues deseaba estudiar íntimamente las costumbres y hábitos del país.

Mi compañero era *khan*, jefe de numerosas villas, y se hallaba afanoso de mostrar, en su visita á la corte,

todo el aparato y riqueza de su casa, con mayor motivo cuando era algo *schahzadé*, ó sea de estirpe real. Más adelante, supe que pertenecía á uno de los trescientos descendientes directos del difunto Jeth-Alí-Schah, abuelo del actual monarca de Persia.

El séquito del noble persa se componía: de su secretario, suerte de mayordomo ó aposentador; de los palafreneros, que llevaban de la mano multitud de caballos con ricos jaeces, sillas y gualdrapas; cerrando la comitiva los criados y un personal numeroso de parásitos nómadas, dispuestos todos á la primera señal á tender en el suelo los tapices, llenar de aguas las



Caza acuática en Persia

pipas (*caleans*), hacer el café y el the y levantar la tienda de su dueño á orillas de algún riachuelo sombreado de árboles.

Mi compañero era gran cazador y vivía retirado en un país agreste, y formaban siempre parte de su séquito las jaurías y los halcones. Cuando noté tal aparato cinegético no pude menos de augurar algunas peripecias venatorias durante el camino.

Partimos temprano, y un poco antes de montar á caballo fui obsequiado con los dulces, la taza de the, y el *calean* de rigor al comenzar el día. Era muy grato para mí no tener que ocuparme de los molestos detalles del aprovisionamiento y descanso durante un largo y pesado camino.

Tras los cumplidos naturales, la primera hora de ca-

mino la empleó mi compañero alabando sus caballos, según él por ninguno superados en rapidez y ligereza. Mi interlocutor suponía que sus corceles pertenecían á una raza única en todo el Irán, pero que, por temor á verse forzado á regalarlos á su soberano, había dejado los mejores ejemplares en su casa.

Tocó el turno después á sus lebreles y halcones, que dijo esperaba hallar ocasión propicia para hacerme apreciar todo su valor y maestría.

Contentéme,—añade Duhousset,—con aprobar todo lo que decía mi compañero, sin hacer objeciones, esperando con impaciencia que los incidentes del camino me proporcionarían ocasión de apreciar el valor del tren de caza del noble persa.

Al cabo de un breve rato, uno de los criados, que

había explorado los montículos vecinos á la campiña árida sobre que trotábamos, señaló dos avutardas, apellidadas *ubaras*.

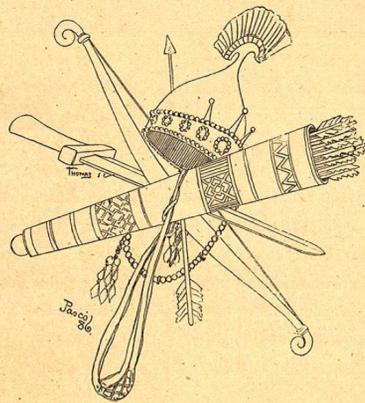
El *Khan* hizo una señal, y un halconero puso en su puño el pájaro cazador. Por la manera como el halcón estaba armado y asegurado, juzgué que sería maestro en el arte. Una bonita caperuza de colores vivos cubría su cabeza; los agujeros por donde miraba estaban bordados primorosamente con perlas finas. Un cordoncillo de oro y seda, suspendido sobre su cuello, sostenía un diminuto amuleto de nácar y marfil en forma de flor de lis. Una liga de cuero verde, terminada por un cascabel, apretaba el tarso del halcón.

Estaba observando todos estos detalles, cuando me enseñó, impresas en el suelo, trazas de los animales que buscábamos. Realmente, se notaban las señales repetidas de tres dedos, que se reunían á una especie de talón.

No es ocioso decir algo acerca de la avutarda. Es una ave de piernas altas, pico largo y bastante duro para abrir la tierra, buscar su sustento y depositar los huevos; su marcha es rápida con la ayuda de las alas, pero su vuelo es algo pesado.

La avutarda no puede posarse sobre los árboles, por carecer de dedo posterior para agarrarse de las ramas; su plumaje es gris, amarillento, con rayas negras en la cabeza, cuello y pecho. Es ave de carne muy apreciada.

Llegamos, por fin, al momento por mí tan suspirado. Despojóse de su caperuza el halcón, que, sin mostrarse sorprendido, desplegó sus alas, de la misma suerte que se despereza un hombre fatigado, extendiendo los brazos y respirando ruidosamente. Su dueño le dirigió algunas frases de aliento, que el halcón pareció comprender á maravilla. Sus ojos se dirigieron



fijos hacia un punto del horizonte; tendió el cuello en aquella dirección, y pareció recogerse un poco. Era que veía á su presa, á la cual nosotros aun no distinguíamos. El ave cazadora hizo dos ó tres estremecimientos con las alas; y su dueño, que no aguardaba más que esta señal, abrió la mano, soltó los lazos, y el halcón partió, primero con un vuelo casi horizontal, y después remontó los cielos cuando vió, sin duda, que dominaba á la avutarda, que apareció á lo lejos, batiendo pesadamente el aire, sin alejarse mucho del suelo. Viéndose vigorosamente perseguida, tuvo la desdichada idea de elevar el vuelo, en lugar de ocultarse debajo un matorral ó meterse en algún otro escondrijo. Cuando comprendió su falta, y quiso descender, el halcón, rápido como una flecha, cayó sobre su presa, se lió con ella, y ambos dieron con su cuerpo en el suelo.

El desenlace fué rápido como el rayo; y, cuando acudimos, la víctima lanzaba los últimos estertores, herida por las garras del halcón.

Separamos al verdugo de la víctima, que había empezado con gran fruición á arrancarle las plumas.

El halcón obedeció á su dueño, que le llenó de caricias y halagos, y le regaló con un soberbio trozo de carne.

El pequeño drama aéreo, que sólo había durado escasamente un cuarto de hora, me interesó sobremanera. Así es que dirigí sinceros cumplidos á mi compañero de viaje.

Llegamos á un hermoso sitio sombreado por árboles, á orillas de un murmurador riachuelo.

Se levantaron las tiendas, se preparó el desayuno, y tras un día fatigoso gozamos de las delicias, de las comodidades propias de un previsor y acaudalado magnate.»

CAPITULO VII

GRECIA: SUELO Y FLORA GRIEGAS; DIANA CAZADORA

I



A caza en Grecia! Es imposible evocar el recuerdo de Grecia sin sentir señoreado el espíritu por honda y dulcísima emoción. Han transcurrido siglos y más siglos, y la civilización griega es estudiada con verdadera fruición y encanto por las modernas generaciones.

Los libros clásicos de los historiadores, filósofos y poetas helenos, los restos de las obras arqueológicas, ruinas, piedras borrosas del Ática y del Peloponeso, son purísimas fuentes, con avidez consultadas, no sólo por los sabios, sino por todos los que rinden culto al estudio.

Es que la civilización griega encierra un vasto tesoro para todos. El hombre pensador encuentra allí un semillero de filósofos como Sócrates, Platón y Aristóteles, cuya poderosa inteligencia asombra al mundo; el poeta, á genios como Homero, Aristófanes y Sófocles; los historiadores, á cronistas como Tucídides, Polibio y Jenofonte; y los artistas, el recuerdo de Fidias, Praxiteles, Scopas y Lysipo.

Por doquier su teogonía revela el camino tenebroso del error que recorrieron aquellos pueblos helénicos, importando del Egipto la mayor parte de sus dioses y supersticiones; pero, entre los guijarros á que equivalen sus groseros errores, hállanse pedazos de oro puro.

Á todos estos elementos debe acudir el que quiera estudiar con algún detenimiento alguna de las instituciones de la civilización griega.

La historia señala como al primer pueblo poblador de Grecia á los pelasgos, que se conjetura son de origen ario, y procedentes del Cáucaso, y que invadieron Grecia veinte siglos antes de la venida de J. C.

Rama del tronco ario, los pelasgos, en su peregrinación, fueron grandes cazadores. Sus armas, toscas y primitivas, fueron las más artificiosas y perfectas labradas en bronce, pues desconocían por completo el uso del hierro.

Los helenos, arios degenerados, abandonaron á su vez las orillas del Cáucaso, perdieron de vista las mesetas del Irán, y siguiendo unas veces las sendas abiertas algunos siglos antes por los pelasgos, y otras abriendo nuevas vías, atravesaron bosques y espesísimas selvas, flanquearon montañas y vadearon ríos, alimentándose á su paso con el producto de la caza, principalísimo alimento de las razas vagamundas, ó en los comienzos